

Plaza de Alcaraz : Lonja de Santo Domingo y Torres del Tardón y de la Santísima Trinidad

DE LA ESPAÑA INCÓGNITA

La plaza de Alcaraz y Andrés de Vandelvira

Monografía históricoartística con planos y dibujos de la misma en su actual estado, galardonada en el Concurso bienal de Trabajos de Investigación, convocado por este Colegio en 1945, escrita y dibujada por MANUEL MANZANO MONÍS, Arquitecto.

Al Ilustrísimo Señor

*Don Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya,
Director General de Bellas Artes:*

Quisiera que V. I. midiese esta obra que hoy le envío, con el juicio que pone en las cosas que por su mano pasan: tibio en la condena y con brío para defenderla de su escaso mérito; porque es así su natural y porque sé que, aunque es estudio de poco valor, no desconoce que lleva encerrado en sí un noble espíritu patrio. Hace muy poco tiempo le oí decir sobre aquellas emotivas esculturas del Monasterio de Poblet, unas palabras que me llenaron de gozo y me hicieron vibrar con emoción íntima, cuando comparaba la política de aquellos Reyes, que fructificó para la grandeza de España, con una rosa de los vientos que extendía sus intentos hacia todos los puntos cardinales, recordando con ello la misma frase poética que dijera una vez el inmortal Ángel Ganivet.

Tembló en mí la frase, y aquel día pensé en enviar esta obra a V. I., porque deduje que la acogería con agradecimiento, ya que en ella dibujaba viva, porque así lo siente mi espíritu, la amplitud de miras de los muchos senderos olvidados de nuestra España: uno de esos pasos que nos dejaron las horas de poder, rama de las muchas rosas que abrían sus afilados vientos sobre las alas de nuestro Imperio. Y con este intento le envío mi trabajo, y con él mi más humilde súplica para que sepa perdonarlo, en aquello que mi desconocimiento hubiera puesto de sobra o dejado en olvido.

Os dedica con fervor

MANUEL MANZANO-MONÍS

Quien no haya visto Alcaraz no podrá comprender el inmenso brío que tiene su paisaje. Ahondase el valle cubierto a la sombra de los lomazos que se unieron un tiempo con el acueducto romano; allá en el fondo serpentean las aguas dulcificadas de los tranquilos y verdes prados. Quizá la falta de expresión, tantas veces sentida, nos hace conocer la angustia anhelante por cuanto allí se pinta, bajo los crudos vientos que enfilan los rincones umbríos y verdosos, con las rojizas piedras que ascienden los alcores; a remontar las crestas más cimera, para dorarse con el sol, de esta sierra transparente, abiertas sus puertas en los mismos muros de la amarillenta Alcaraz, medio comida de carcoma, medio comida por el tiempo, sus sillares cayendo grano a grano, pulverizados en el gran reloj de arena que se va deshaciendo, calles y plazas, aleros y frontispicios.

Rinconadas profundas; callejones que parecen terminar abismando su propio suelo; plazuelas vestidas de orín y mocho; silentes esquinas que nos abren la soledad bajo los sombreados saledizos, pobladas sus cuencas vacías con el chiar de las golondrinas; portalones y soporales y pinas callejas que trascienden a guiso manchego; y otras en que, redondeadas las aristas, no quedan más que fábricas vacilantes, abierto el esqueleto de sus estructuras en las enfiladas del aire que repite un eco eterno; la plaza vieja, llamada de arriba, de la que hoy, como si fuera un vigía avizorando desde la altura, resta tan sólo el inconcebible equilibrio de unos sillares, y desde ahí de nuevo este paisaje tremendo, húmedo y seco a la vez, presidiendo los caminos que se acercan a la ciudad de los castillos de la Extremadura.

En uno de esos rincones de Alcaraz, cubierto de som-

bras, está la parroquia de San Miguel, donde se bautizó Andrés de Vandaelvira, según se cita en todos los textos que de él hablan. Nada quedó de los libros de la parroquia referente a los años del nacimiento de Andrés. Viejos infolios, amarillentos y apolillados, dejan un margen en el año del nacimiento. Fuí a Alcaraz con la ilusión de encontrar allí la partida bautismal y copiarla, pero aun queda en el arcano de las deducciones lo que nos legó la pasada guerra. Todo es aún misterioso en la vida primera de este hombre. Muchos han escrito sobre su genial figura y mucho me cuesta a mí escribir sobre él, cuando personas como don Manuel Gómez Moreno, don Juan Moya Idígoras y don Leopoldo Torres Balbás han hecho estudios de gran consideración. De los últimos trabajos inéditos que conozco, tengo en mis manos el de un Arquitecto que presentó una monografía en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. En él hace una recopilación de datos, que titula: «Andrés de Vandaelvira, maestro mayor de cantería», por José Román Caso, y es interesante, porque la vida del ilustre maestro está aún tan repartida, que se ha de hacer, para contarla, aquello que el gran burlón de don Francisco de Quevedo y Villegas decía de los gorriones de libros: «Que hay quien coge de allí y de allá y luego lo zurce», y así compone uno. Lábrome yo de que nadie diga tal de mí, porque si copié, bien hice, que hoy doy en este trabajo los planos que no existían de una gran obra, tan ignorada como emocional y artística, y vaya en descargo de los juicios que expongo esto que por mi mano medí y dibujé y aquello otro que, copiando también, lo pude entresacar de algún viejo escrito, al que luego le añadí lo que yo mejor creo y juzgo.

El apellido Vandaelvira se conserva hoy en los aldeanos de Alcaraz, así como los Garvies, cuyos blasones los he visto en el mismo pueblo. Nadie puede negar que este apellido tenga una ascendencia flamenca, españolizada y con arraigo en tierras de la Mancha, donde existe hoy, corrompido, el Valdelvira en muchas familias de pueblos no lejanos a Alcaraz, y tampoco que esta ascendencia pueda tener origen en el Van-der-Bilt, y que la contracción pasara el «dael» escrita después de la «b» que en algunas firmas del Arquitecto se han visto.

Hasta hoy hubo muchas discusiones sobre si los Vandaelvira componían una familia de Arquitectos que nace en el siglo xv y se remonta a todo el xvi.

Llaguno y Amirola y Ceán-Bermúdez lo dejaron escrito en su libro sobre los Arquitectos españoles, en donde nos encontramos con un Pedro de Vandaelvira, que nos dicen fué el padre de Andrés (1476-1565), fundándose en una frase del manuscrito de Felipe Lázaro de Goiti, maestro de la Catedral de Toledo en 1646, que decía: «Vandaelvira y su padre fueron los mejores canteros y cortistas de España»; pero esto es, sin duda, un error, pues se refiere a los Vandaelvira Andrés y Alonso, este último hijo del primero, que escribió un libro sobre cortes de piedra y nociones de la geometría lineal y del espacio ejemplar único que yo he hojeado en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, y de cuyas páginas hizo antes de 1936 una transcripción la Junta de Ampliación de Estudios. Yo no sé si esta Junta, hoy convertida en Consejo Supe-

rior de Investigaciones Científicas, se propondrá semejante investigación; pero si tal no hiciera, podrían recabarse los derechos para que tal publicación se llevase a efecto.

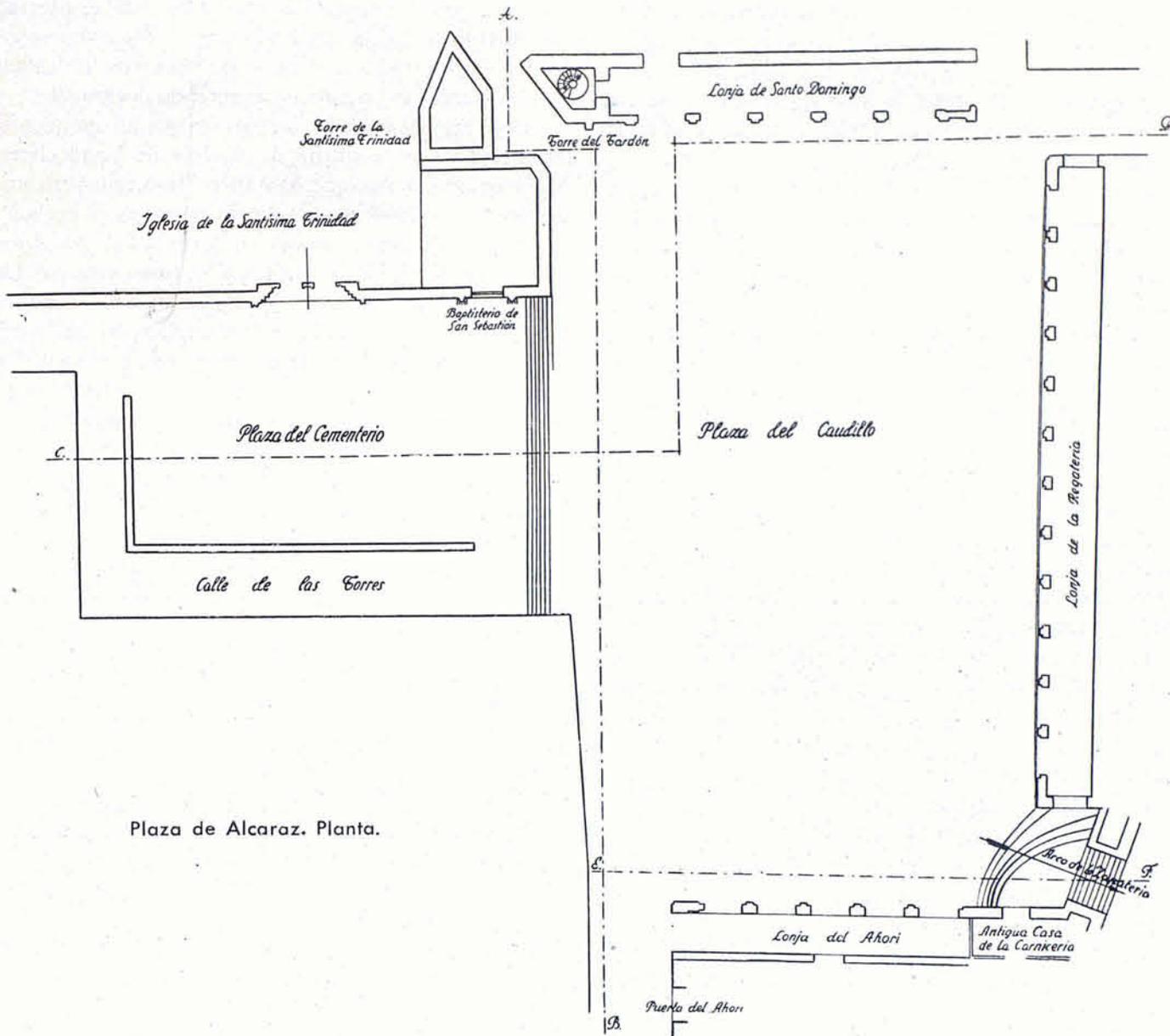
Este tratado del que hablo, curiosísimo, nos deja ver todo el proceso formativo de estos hombres del Renacimiento, y es interesante observar todo el desarrollo seguido en la didáctica de la Geometría Euclidiana, para llegar después a los trazados más difíciles de la Estereotomía.

Este tratado fué ampliado por Goiti, y después apropiado y firmado como suyo por Juan de Torrijos, con lo que queda demostrado, una vez más, lo monótono de cuantas luchas y ambiciones tienen planteados los hombres, que si no son iguales, nuestra mediocridad los hace muy parecidos.

Las fechas manuscritas y las piedras labradas hablan claramente de lo que Andrés fué durante su vida. Este hombre, maravilloso artista, de una sensibilidad refinada hasta el límite, es un eterno caminante. No nos damos idea de esto, porque el maquinismo actual borra las distancias y borra también el temple de los hombres. Vandaelvira caminó siempre, de un modo constante, con un espíritu que se revela dinámico, inquieto y poseído, además, de una audacia verdaderamente prodigiosa.

Dejo en el final de este capítulo nota de fechas y lugares para que rápidamente pueda comprobarse esta afirmación que hago, la cual sería ridícula si la comparamos con la época actual, pero que es verdaderamente extraordinaria en años como aquéllos, en que las leguas había que cubrir las en largas jornadas, de posada en posada y cambiando montura tras montura.

Aparece Andrés por la vez primera en Uclés, de maestro cantero, trabajando en el Monasterio de Santiago. Estamos en 1530, y ya hace un año que se trabaja en las obras levantadas sobre las ruinosas piedras del viejo castillo, desde el 1.º de mayo de este año, según puede leerse del ábside en uno de los contrafuertes hechos en esta época. Y allí, entre aquellos caminos que ascienden al miradero donde hoy vemos el Monasterio, encontramos a este muchacho de veintiún años, al que hay que suponer de simple cantero, cincel y maceta en mano, sacando de puntos los bloques, puesta su vista en la piedra y su espíritu en empresas más de sus sueños aun inconcretos que de realidades plasmadas. De entonces data el curioso documento que cita a Vandaelvira con motivo de una querrela entre el Prior de Uclés, don Pedro García de Almaguer, y otros que no se nombran, publicado por don Miguel Durán, Arquitecto, en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* (año xxxvi, Madrid, junio de 1928, páginas 156 y 157). De tal documento se deduce como innegable la presencia de Andrés trabajando en las obras del Monasterio como maestro cantero, vecino de Alcaraz; y por cierto que fué sacado a lomos de un asno a la vergüenza pública, después de haberle sido incoado proceso por intento de mediación entre las dos partes. La fecha del pleito, día 24 de marzo de 1530. Se puede comprender fácilmente cuánto debió sufrir por este hecho un hombre en el cual germinaban, comidas por un afán expansivo, no definido del todo, todas las ideas que después nos dejó plasmadas con maravillosa inventiva, y como, herida su sensibilidad, se es-



Plaza de Alcaraz. Planta.

parecía su vista hacia el cielo, fijada en el vacío de su desilusión.

Cuando hablamos de un hombre del cual nos dejó algo más que lo que hasta ahora poseemos de él, bien podemos fijar nuestra atención en juzgarlo por sus caracteres étnicos, por lo penetrante de su mirada, por el dibujo de sus facciones, haciendo de él, al resucitarlo, una persona que vive con nosotros un instante de nuestra vida y con la que compartimos el mismo sentido de la nuestra reflejado con los hechos de la suya. Nuestra generación es la de las biografías, vertidas la mayor parte sobre temas novelados, con lo cual casi se ha substituído el género puro de la novela, hecha por el gusto de hacerla. Y ahora que suscito la cuestión y que pienso que esta moda literaria no es más que producto de una imaginación un tanto limitada, porque ese es el defecto común de nuestros continentes, donde no encontramos más fantasía, porque nos lo impide el desequilibrio político y de contienda de sus pueblos, no quisiera yo podar mi narración histórica para dejarla descarnada y limitándola a una reseña de hechos y fechas, con juicios secos y desprovistos de alma. Si yo escribo

sobre Vandaelvira, no es por revolver legajos con afán de encontrar una línea más que añadir a las que pusieron otros. No pretendo hacer una biografía ni una síntesis siquiera; si escribo es porque desde mi más íntimo siento vibrar la arquitectura del original alcaraceño tan dentro de mí, que tengo el alma extendida sobre ella y mis sentimientos se traspasan con las impresiones de sus obras y mi ser todo es aquella misma vida soñando la lejana memoria de Alcaraz cubierta el alma de los recuerdos primeros, y vuelta después a entrever, mientras crecía en la soledad de su contemplación. Sí quiero escribir sobre su paso por estos monumentos y las señas innegables que en ellos dejara; porque visitándolos, sintiendo a nuestro lado débil el viento ante los gruesos muros, pensamos en lo mucho que perdimos no viviendo aquellos días, no siendo, aunque las revoluciones políticas hayan hecho otra cosa de los maestros mayores de Cantería, un coetáneo de aquellos hombres de paratado justillo y blanca camisola, artífices de una época única nunca más repetida con piedra para elevar edificios y canteras, para labrar las más finas molduraciones y alientos, para componer áticos y arcadas

y capillas. ¿Dónde podríamos encontrar tallistas, artífices del hierro, de la plata y el oro, y escultores y pintores como los de aquella época, hoy que se perdieron todos los oficios y que no resta más que la débil tradición de los antiguos alarifes, podados sus vuelos a manejar sólo el ladrillo y emplear los revoques?

Vandaelvira en Uclés no es más que uno de tantos colaboradores. Sus obras serán mucho más austeras, a pesar del sentido plateresco, pronunciando una italianización evidente. Llaguno y Amirola y Ceán-Bermúdez hablan de que un Pedro de Vandaelvira fué a Italia y conoció a Miguel Ángel. Pero esto y su conocimiento con don Francisco de los Cobos, en aquellos palacios del quattrocento y del cinquecento, no fueron con él, sino con Andrés. Andrés recoge la arquitectura italiana de sus antecesores y de sus coetáneos y la funde dentro de él, y es Andrés el que conoce a Miguel Ángel y el que regresa después de nuevo a España y renueva con el Secretario de Estado su amistad y pasa a ser su Arquitecto.

Y llega el momento inicial de la carrera del Maestro Mayor de Cantería al comenzarse la capilla del Salvador de Úbeda. Ha hecho ya entonces la iglesia parroquial de Villacarrillo, influida de la manera de Siloé, pero gótica, a pesar de cuantos esfuerzos hace por evitarlo, tratando los pilares con columnillas rematadas con unos capiteles eclécticos que no llegan a borrar el recuerdo de todo el conjunto, de las tres naves de aproximada altura; de los arcos fajones un tanto apuntados y del cornisamento que no llega, lleno de timidez, a volar con el modulado necesario.

En 1536 decide don Francisco de los Cobos fundar la capilla del Salvador. Este hombre político, Comendador mayor de León, Secretario de Estado del Emperador, recibe el proyecto de manos de Siloé, y encarga la obra a Andrés Vandaelvira y a Alonso Ruiz. Parece ser que al comprometerse Siloé a dirigir las obras y no hacerlo, motivase el disgusto del de los Cobos, que las suspendió al fin de 1539.

Según M. Gómez Moreno (*Las Águilas del Renacimiento*), pasado que fué un año volvióse sobre la idea de continuarlas, ya que se conserva un documento que, como propuesta, hacen Domingo Tortosa, vecindado en Bailén; Francisco del Castillo, de Jaén, y Florentino Gesatou, de Poreuna. La fecha de la propuesta es del día 20 de mayo de 1540. A los pocos días, Andrés y Alonso Ruiz reclaman sus derechos y piden les sea adjudicada la obra en la misma cantidad que los otros.

Representaba el Deán Ortega al Secretario, y así lo acordó, no variando el precio, ya que temía «que si se diese lugar a más baratura podría ser que la obra no se efectuase como su señoría tiene acordado».

Por todas estas razones pasaron Andrés de Vandaelvira y Alonso Ruiz a firmar el compromiso de realización. El contrato es interesante, pues en él se puede leer, entre otras cosas: «La puerta principal de los pies de la iglesia de la labor y forma que sirve para ello con la Iglesia Mayor de Granada.» Terminase el contrato con la firma del Deán y de Vandaelvira, y firmó por Alonso Ruiz, que no sabía escribir, un testigo, según se manifiesta también en el expresado contrato.

Y, a partir de este instante, comienza el alcaraceño con libertad su iniciación verdadera. Hay que suponer a Alonso Ruiz inferior a él en todo, pues nos lo demuestra esta ignorancia expresada en el referido documento.

Dejo mi intento aquí, a pesar de que mi impulso sería escribir sobre la biografía de Andrés de Vandaelvira, y olvido hoy mis notas que habrán de servirme para un futuro escrito. Quedan en silencio personas y hechos que se entrecruzan con el camino de la ciudad de los dos castillos; y Villacarrillo primer escalón de su vida con Luisa de Luna, porque pienso que la originalidad de la monografía que hoy me ocupa es la de facilitar con mi juicio crítico aquellas trazas que por arrinconadas nadie se acuerda de su existencia, no añadidas como una línea más, fría y sin alma, sino como un hecho decidido y glorioso de nuestro pasado.

Andrés de Vandaelvira vivirá unos instantes en estas líneas que hablan de la plaza de Alcaraz, y sus finos trazos no harán sino confirmar una vez más el genio ilustre del autor de la Catedral de Jaén y de tantas obras como las que nos legó la época gloriosa que tuvo la fortuna de conocer.

*

RELACIÓN DE FECHAS Y LUGARES QUE SE INSERTAN COMO ADICIÓN DEL CAPÍTULO

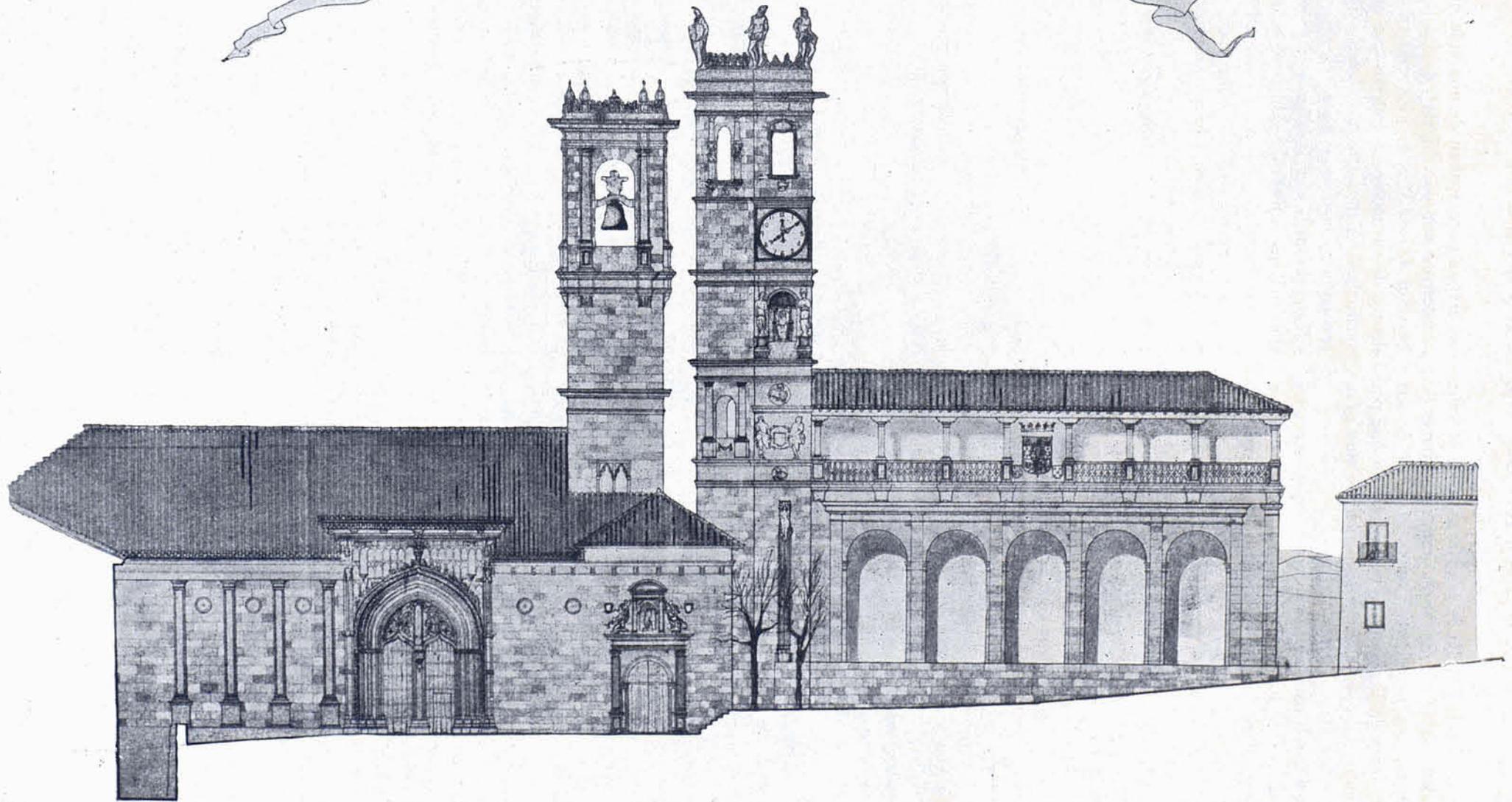
Uclés, 1530.	Sevilla, 1557.
Úbeda, 1537-1540.	Cuenca, 1560.
Castillo de Sabiote, 1543.	Jaén, 1560 al 1561.
Huelma, 1547.	Úbeda, 1562.
Jaén, 1548.	Úbeda, 1566.
Málaga, 1549.	Alcaraz, 1566.
Huelma, 1552.	Alcaraz, 1574.
Jaén, 1555 al 1560.	

*

En Alcaraz, ciudad manchega muy antigua, que referencias nos dejó el padre Lira de ser en ella donde plantó la fe católica «el Apóstol de las Gentes», San Pablo, instruyéndola en las verdades evangélicas el año 64 del Nacimiento de Cristo. Fué ciudad de moros, muy nombrada en nuestra Reconquista, independiente con Aben-Hamet, referido como rey de aquellos aldeaños por cuantos cronistas he leído, hasta el empeño que por su posesión puso el Rey Alfonso VIII, quien la sitió con gran aparato de gentes y armas el año 1213, ganándola para su reino el día de la Asunción, y entrando en ella acompañado de tres de los maestros de las órdenes de Alcántara, Calatrava y Temple y del Arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez de Rada, pues don Pedro de Aragón, que llevaba un año de maestro de la de Santiago, murió en el asalto a la muralla.

Arrancó de este suceso la historia de la plaza de Alcaraz, por referir Pérez de Pareja, en su historia de la ciudad, el suceso del caballero François (libro I, cap. XVIII, párrafo 156), hombre poderoso, de grandes empresas, arriesgado y seco, llamado Luis, y nacido allá en la Francia, de donde vino con el Arzobispo de Narbona, Arnaldo, que decía tío suyo y hermano del Conde de San Simón,

Estado actual de la plaza monumental de Alcaraz.



Plaza de Alcaraz : Iglesia de la Santísima Trinidad, Baptisterio de San Sebastián, torre del mismo y la del Tardón, y Lonja de Santo Domingo

padre de Luis. En la Batalla de las Navas, y en la toma de Alcaraz, demostró Luis François prendas militares de muy alta estima, ya que Don Alfonso al saber de sus heridas en la toma de la ciudad, y en los rastros que por los impedimentos a los socorros poníanse, «hubo muy gran pesar en ello».

«Atendiendo el católico monarca a estos servicios — dice Pareja —, le hizo algunos favores dignos de su real grandeza», dándole tierras y una fortaleza que allí había. Del nombre de estas tierras — Garvi y Carboneras — vienen los descendientes de este Luis François, con el apellido que aun existe en Alcaraz y extendido ya a todo Levante de Garvies Carbonell, por corrupción de aquéllos. Y este Luis François de San Simón fué el que edificó la parroquia de la Santísima Trinidad, según refiere en la obra ya citada, añadiendo que «parece reservó para sí y sus descendientes el Patronato de la Capilla de Santa Águeda».

Dícese en el libro que la iglesia está en la plaza Mayor, aunque en realidad no es cierto este dato, si se observa la planta general, dividida por la escalita que separa la plaza propiamente dicha y esta otra de la iglesia, que llaman del Cementerio.

Pero de todas las cosas que en esta iglesia se presentan, no hay ninguna tan verdaderamente emotiva y atrayente como la puerta que da a la plaza del Cementerio. Bien expresada queda su mística intención en esa llamarada viva que palpita en toda ella, hechura inimitable para el cincel de los canteros de nuestro tiempo.

Se encuadra la puerta entre dos salientes del muro que corren con un pequeño alero inferior, independiente del general, y que se corta en las cuatro finas columnas, dos por cada lado, que comienzan esta fina labor de piedra, las cuales encierran el conjunto interior de la portada rematándose junto a la cornisa, con vigas y canes de molduración bastante acertada, por debajo de la cual se dibuja una sucesiva ordenación de pequeñas esferas; con el clásico remate gótico, recuerdo del pináculo de los contrafuertes de las catedrales, terminan las aparejadas columnas.

Este conjunto lo forma principalmente el acceso con la puerta en ojiva, con iniciación conopial en su primer arco y decrecimiento sucesivo en los otros tres que la forman, y un parteluz que deja dos puertas a un lado y a otro, y sobre el que se coloca, a modo de tímpano, una labor de geométrico encaje que respeta el eje del referido parteluz para dejar sitio a una repisa con dosel, en donde iba colocada la Santísima Trinidad con el Hijo Crucificado. Toda la portada va tallada con el cuidado y el esmero propio de los maestros góticos, y el lector podrá observar en los planos lo que sólo en parte muy pequeña puede sacarse de allí copiándolo fielmente.

Hace ya tiempo contemplaba yo esta portada y este conjunto que surge de pronto ante nuestra vista, cuando visitamos Alcaraz, y es angustioso ver como el tiempo le da a las piedras una vida y un sentido de su existencia que palpita en ellas con el trazo inexorable de un plazo finito.

Francisco de Cossío hace ya tiempo me hablaba, haciendo referencia al Museo de Escultura de Valladolid, de cómo aquellas maderas y figuras animadas por la mano

del artista participaban de una vida que podía alcanzarse a nuestros sentidos. Late en ella — añadió el ilustre Director de este Museo — los años ya vividos, porque está dentro de su madera la muerte que un día habrá de pulverizarlas. Y nosotros todos nos esforzamos en su conservación y luchamos contra el germen que las corroe. Llegó más tarde a mí la referencia de que la piedra lleva en sí un mal que con el tiempo aparece primero y acaba destruyéndola después, y esta misma sensación vino a mi espíritu cuando contemplaba la vacilante plaza de Alcaraz, cargada de siglos sobre sus enmohecidos muros.

Es, pues, inútil muchas veces la letra o la palabra para escribir o hablar de las cosas bellas. Y sintiendo esa angustia de expresión que se nos alcanza cuando intentamos darle forma concreta a lo que en nuestro íntimo se nos revela, sentimos también algo de lo que sintió el artista cuando, en el primer instante de su concepción, el lápiz torpe dibujara los primeros rasgos de una traza. Esa unión de ese primer instante y este último contemplativo, fijado con el tiempo de la idea y de la muerte, conjuntan la emoción estética percibida por nuestros sentidos y transmitida al alma en último trámite.

*

La plaza de Alcaraz fué centro cívico y religioso después del medioevo, a medida que la vida pública y privada dejó de modo insensible las partes más altas acogidas en otro tiempo de defensa al amparo de los castillos y las murallas; buscó los accesos más inmediatos, la relación ciudadana más fácil y asequible, en consonancia con las transformaciones de una edad que moría viendo nacer otra, llena de una complejidad de problemas bien distintos a los que en siglos anteriores tenían planteados los monarcas. Y como la vida política de los pueblos encuentra siempre una expresión artística acomodada al espíritu que en ella alienta, en este interesantísimo período de la Historia de España se crean los más fuertes sostenes de una unidad por tantos siglos ambicionada; y resurgen los trabajos del Condestable cristalizados en el más digno y firme gobierno de una reina de Castilla como Isabel, y de un príncipe consorte como Fernando de Aragón, que tras luchar contra un enemigo exterior sin preparativos para ello, ha de levantar un ejército que defienda Castilla, venciendo a un arzobispo rebelde que para su defensa cuenta con trescientas lanzas, y a un noble ambicioso a quien niégase un maestrazgo; y acudiendo con vascos y navarros a defender su territorio de Luis XI de Francia y perdiendo en la campaña de Portugal a un poeta como Jorge Manrique, que forjó con la fuerza de sus armas el grande consuelo que la memoria de su padre le dejara. La transformación de España es tan radical en este período de vida, la política partidista está tan arraigada en todos los ánimos, que es fácil comprender cómo las ciudades busquen una expansión distinta, ya que el régimen feudal aniquilado se derrama sumiso ante la voluntad real, y la justicia de unos reinos que castigan a un Álvaro Yáñez, se formulan por un sistema de legislación regular completo escritos por un jurisconsulto tan laborioso y arduo como Alfonso Díaz de Montalvo, que a su saber añadía la prác-



Plaza de Alcoraz : Arco de la Zapatería

tica de tres reinados consecutivos y escribía en menos de cuatro años las *Ordenanzas Reales*. La fundación de la Santa Hermandad es quizá el símbolo que mejor presenta lo que fué nuestra Patria en este último tercio del siglo xv, aparejados de dos los hombres de aquella formidable arma, que se hizo respetar — mal les pesase — del gran señor, del alferez y del labriego. Es, sin duda, la más fuerte sacudida de un pueblo recobrado por sí mismo, y así se nos muestra en esta arquitectura magnífica de los últimos trazos del gótico, que son el último escalón para el pórtico de nuestro Renacimiento, y para que los Covarrubias, los Siloé, los Machuca y los Vandaelvira forjen y derramen por las tierras de España los más sorprendentes modelos de un arte tan propio y tan original como el que tiene que morir en el corto período de tiempo que va desde San Juan de los Reyes al Monasterio de San Lorenzo en El Escorial.

Y ejemplo magnífico de esta arquitectura es esta plaza de Alcaraz, a la vista de cuyos planos escribo estas líneas, quizá defectuosas, pero enardecidas por la ponderación de sus líneas, lo medido y ajustado de sus proporciones y por lo original de sus trazos.

*

Ábrense a la plaza de Alcaraz los profundos soportales, sombra y complemento de la vida de las ciudades españolas, y corren por ella a lo largo de tres de sus lados, formando las llamadas lonjas de Santo Domingo, de la Regatería y las que continúan por debajo del edificio municipal. Añádense a ellas el baptisterio de San Sebastián, anejo a la iglesia de la Santísima Trinidad, las dos torres y el arco de la calle de la Zapatería y la Lonja del Ahorí, y completaremos este conjunto singular.

¿Tiene defectos? Quizá muchos. Pero estos mismos hacen mayor el encanto de todo su acallado rincón, en el que se alargan las sombras de los aleros sobre los amarillentos muros.

Puede observarse en el plano general la disposición de la plaza y la unión anteriormente explicada de ésta con la del cementerio, solar aquél rectángulo de unos 50 metros de largo por 120 de ancho. La plaza muestra un gran desnivel, cuyo descenso comienza a partir del arco de la calle de la Zapatería y de la fachada de la Lonja de la Regatería, que desde luego afean grandemente el conjunto, pavimentado hoy malamente con piedras aguijonadas.

Puede observarse esta unión entre ambas plazas en el dibujo que representa la Lonja de Santo Domingo con las dos torres; al fondo la recoleta del cementerio se ahonda, sombreada por los corpulentos olmos que la bordean.

La Lonja de Santo Domingo, orientada al norte, nos muestra su arquería compuesta de cinco arcos, elevados sobre el alto muro que separa a ésta del suelo de la plaza, ordenada con pilastras adosadas en los machos, las cuales se rematan en una imposta que corre a todo lo largo del muro conjuntamente con toda la molduración de los capiteles desde el ábaco al astrágulo. Y sobre esta arcada, un barandal de calado gótico, alternando el pedestal que sostienen unas columnas sin gálibo con una estilización o trasunto de capitel dórico, en los que descansan unas zapatas sobre las que corre la carrera de madera que soporta el alero y cubierta. La fábrica, de sillería naturalmente,

toda ella alcanza la anchura casi total de la plaza y deja sobre el arco central un gran escudo que ocupa el vano correspondiente a él, en la galería superior.

Es verdaderamente sorprendente la fina labor de cantería de este barandal gótico que con maestría admirable se compone con todo el resto de sobria y elegante proporción dórica.

La Lonja debió de ser la más antigua de todas ellas, aunque sucesivas restauraciones la modificasen presentando el aspecto que hoy ofrece. Así, no tiene una explicación lógica el primer antepecho que en la parte baja sirve como elemento basamental de la Lonja, la cual se conserva sin ningún barandal que la separe del suelo de la plaza. Como no la tiene la ordenación de los ejes de los arcos y aquellos que se suceden en los vanos superiores del antepecho gótico y de las columnas que lo interceden. Una y otra no tienen documentación acreditativa que demuestre su actual estado, y sólo conjeturas pueden hacerse sobre ella. Por los escritos de Pareja se deduce la antigua existencia del convento. Una primitiva construcción gótica es posible fuese la que correspondiese al calado antepecho y coetánea a la del haz de columnas que en el basamento del Tardón hoy vemos. Estos arcos, más pequeños que los actuales, y posiblemente de menor apilastado, fueron los que jugaron la primitiva Lonja con arreglo a la portada gótica, que junto a la torre aun existe, y que defendieron la diferencia de nivel entre los dos suelos — el de la plaza y el de la Lonja —, con el mismo barandal que más tarde se había de colocar en la parte superior.

Fray Esteban Pérez de Pareja, en la obra anteriormente citada, da de ello prueba al hablar del Convento de Santo Domingo:

Libro 1, cap. XIX, párrafo 160: «Así, habiendo conseguido todas las licencias necesarias, se dió principio a su fundación el año de 1415.»

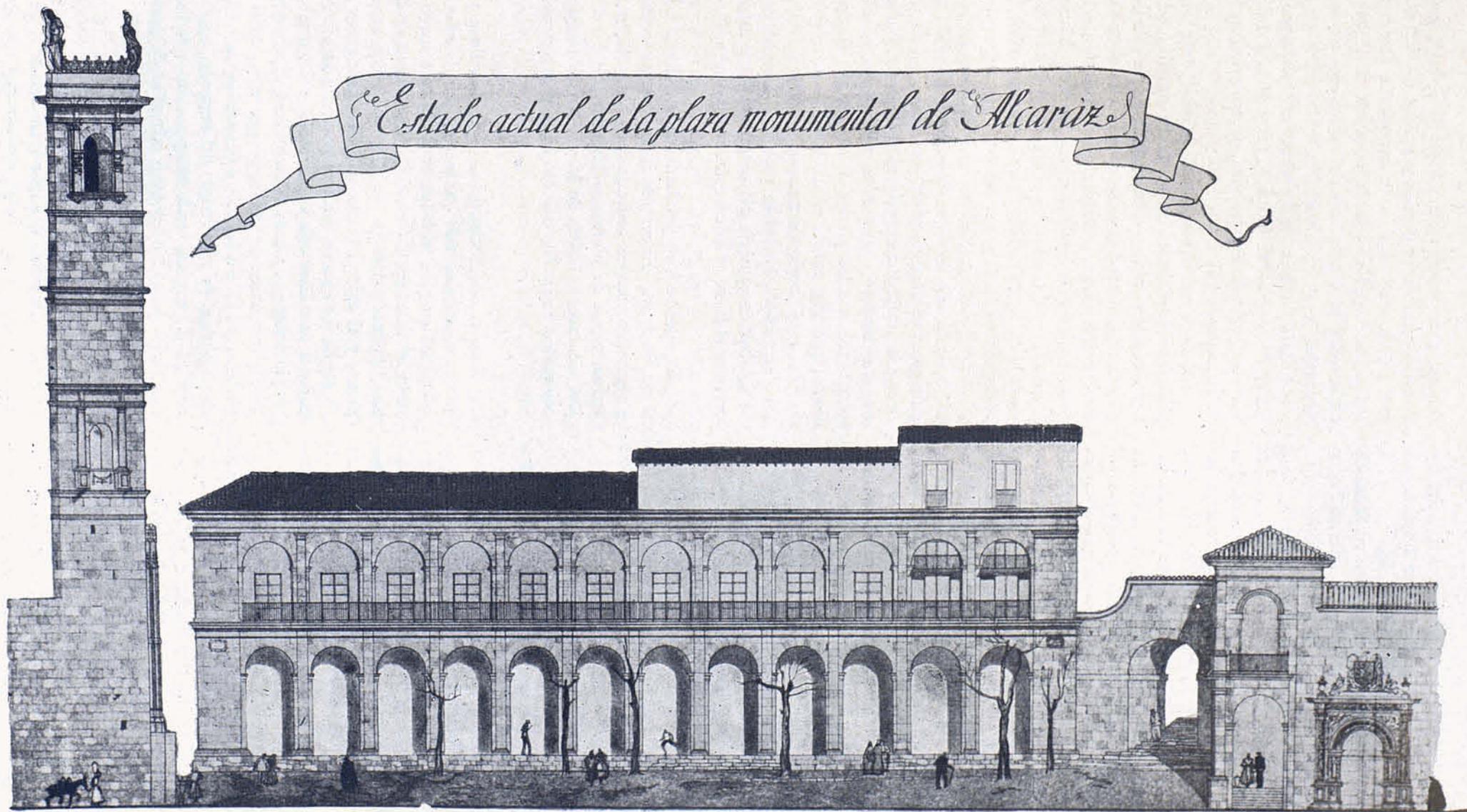
Párrafo 161: «De esta gloria puede blasonar Alcaraz desde el día que entraron en ella los hijos de Santo Domingo con su fundación. Executóse ésta a expensas de Monsieur Henrique Cribel, Caballero nobilísimo, hijo de los Condes de Cribelos, frondosa rama de los cristianísimos Reyes de Francia.»

Da a entender la existencia de dos conventos: uno de religiosas y otro de religiosos, porque en el párrafo 165 del mismo capítulo dice:

«Era el sitio donde oy tiene Capilla el Santísimo Cristo, la Portería, y se dize que la Ciudad ayudó con limosnas para hacer la iglesia y segundo claustro en el que se registran las armas de Alcaraz.»

No asiento a esta afirmación por lo relativo a la iglesia, pues como están puestas en el claustro y lonja las armas de la ciudad porque a su costa se fabricaron, también lo estuvieran en la iglesia si se hubiera hecho a sus expensas.

«Doña Elvira Sánchez Villoche, hija o nieta del conde de Carrión don Juan Sánchez Manuel, fundó el convento de religiosas de Santo Domingo con la advocación del Espíritu Santo. Para esta fundación aplicó todos sus bienes muebles y raíces, que eran muchos. Concluído el Monasterio, que se fabricó a toda costa, imitando la fundadora



El Estado actual de la plaza monumental de Alcaraz

Plaza de Alcaraz : Lonja de la Regatería, con la torre del Tardón y el Ayuntamiento, con la portada del Ahorí a la calle Mayor

a Santa Francisca Romana, pidió, con mucha humildad y lágrimas, la admitiesen en el número de las Esposas del Divino Esposo.»

Y más adelante: «El asiento que tiene a espaldas de la Plaza Mayor, como cuarenta pasos de el de nuestro Padre Santo Domingo.»

Es a todas luces visible que el convento de religiosas fué el vecino a la plaza Mayor y más distanciado el que fundase el caballero francés, pero aun nos lo aclara más Pérez de Pareja, en otro de los párrafos que hacen referencia a la fundación religiosa, diciendo: «Aunque este Monasterio está tan inmediato a la plaza, por la mala situación que tiene carecía de vistas decentes; pues sólo tenía unas pequeñas y malas. Y como la Silla Apostólica las tiene permitidas para recreo de las Religiosas que viven en Clausura, aunque no todas quieren valerse de ese privilegio las dispusieron muy a satisfacción por encima de unos arcos, y las sacaron a la plaza Mayor, sobre las Carnicerías y Casas de la Ciudad que tiene para el paso. Desde aquí no sólo tienen la diversión y recreo en aquellos días y horas que la Obediencia lo permite, sí también el consuelo de ver las Procesiones del Corpus y otras generales que hacen en esta ciudad.»

Entre los acuerdos municipales hay algunos testimonios también, por ejemplo el del día 17 de febrero de 1682 (F/73):

«Se acordó que las tiendas que esta Ciudad tiene en arrendamiento se ponga en cada una un escudo en piedra con las armas de la Ciudad...», y en el mismo párrafo, unas líneas más abajo: «lo que está acordado que se ponga en la Lonja de Santo Domingo, en la pared que está en ella arrimada al dicho monasterio, un escudo con las dichas armas, pintado en la dicha pared, y en él un título como la dicha Lonja es de esta Ciudad y por sus cédulas el Mayordomo de propios lo que fuese menester, etc.»

*

Volviendo a la referencia de las dos torres que se perfilan en el dibujo presentado, la del Tardón forma parte del cuerpo que la Lonja de Santo Domingo presenta en la plaza. Esta torre y la que a su lado derecho se levanta, de cara al norte, forman un extraño conjunto de rara traza, separada por el angosto callejón que se pierde en dos o tres recodos, que le llaman de entre Iglesias; y sorprende por cuantos detalles en una y otra se contrastan, ajustándose a la posición que sus plantas pentagonales guardan entre sí, ennegrecidas sus piedras por el peso demoledor del tiempo y patinadas con el sello inconfundible de los siglos.

Las dos torres — la de la Trinidad y la del Tardón — son los monumentos que con la Lonja y la Capilla forman el conjunto más interesante de la plaza.

De la torre de la Trinidad existen pocos antecedentes históricos. Pérez de Pareja sólo dice en su libro: «esta torre fué obra que a sus expensas costó un cura de esta Parroquia». Don Jesús Carrascosa González, cronista actual de la ciudad de Alcaraz, en el informe remitido por él al Marqués de Lozoya, consigna «que hacia 1543 habiendo sido satisfactorias las gestiones interpuestas por el licenciado don Jerónimo Rodríguez, Cura párroco de esta

iglesia, ante el señor Arzobispo de Toledo, para la venta de unas casas de propiedad parroquial, acometió en el siguiente año de 1544 la construcción de este hermoso monumento, cronológicamente el primero de todos los que embellecen la Plaza», aparte de los de la plaza del Cementerio.

Señala también dicho señor, erróneamente, en el informe, la posibilidad de que la torre de la Trinidad la proyectase Pedro de Vandaelvira, de acuerdo con los escritos de Ximena.

Alcaraz está vinculada al Arzobispo de Toledo. En el archivo del Palacio Arzobispal de aquella ciudad no hallé nada concerniente a este asunto a que hace referencia Carrascosa, aunque no desespere de encontrar en los registros de don Juan Tavera algún documento que demostrase una vez más las afirmaciones de don Manuel Gómez Moreno.

De la torre del Tardón existen, en cambio, datos. El señor Marco Hidalgo, en un trabajo publicado por la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, en el año 1909, página 226, nos dice que la torre del Tardón se comenzó en 1557, con Bartolomé Flores. En cambio, Carrascosa señala la iniciación en primavera de 1565, por este mismo maestro cantero, natural de El Bonillo, el cual llegó a terminarla con los planos diseñados por Andrés de Vandaelvira, según consta en multitud de acuerdos municipales, donde el propio Carrascosa encuentra: «Cómo Andrés de Vandaelvira ha hecho muestras y condiciones, etc...» «La labor de cantería del cornisamento e infanzones que coronan la torre se hizo según orden de Andrés de Vandaelvira.»

El reloj se hizo por Bautista, notable relojero de Alcaraz, en 1567. Encargóse de los infanzones Bartolomé de Pedrosa, maestro de cantería cordobés, y la cruz y la bola, con su veleta de hierro, se hicieron por el maestro cerrajero alcaraceño Andrés de Moya, al cual le dieron por ello 200 reales, según libramiento de 24 de mayo de 1656.

*

La torre de la Santísima Trinidad eleva su sencillez, que resalta quizá más junto a la del Tardón, en cuatro cuerpos bien diferenciados unos de los otros y dominando sobre los demás el último. En él destacan los arcos abiertos y encuadrados por dos columnas, con su orden completo; y el entablamento, con los retranqueos, correspondientes a los ejes de columnas, corona la torre encrestada por una fina labor calada, recuerdo gótico que se rompe en los pináculos que a cada columna lleva superpuesto el orden. Dije antes orden completo, porque el pedestal del mismo únese en su base a la corona de otro segundo entablamento que separa el primer cuerpo del segundo, con la particularidad, bien original, en la composición de la torre, que los pedestales terminan en unas ménsulas de poco desarrollo que limitan estos ejes que marcan el encuadramiento del arco. Este segundo elemento de torre, liso en su fábrica, sólo destaca aquí o allá el color a veces diferente de un sillar, y va separado del que interiormente le precede por otro entablamento — no por dobles cornisas, como señala Carrascosa —, en el cual encontramos un ajimez ciego,

con parteluz y arcos apuntados con capiteles del mismo estilo en los arranques de los mismos.

Cae también Carrascosa en el defecto de Ceán Bermúdez — sin duda influido por él —, de señalar en el informe que sobre la plaza de Alcaraz elevó a la Dirección de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional, la de hacer atribuible esta torre a Pedro de Vandaelvira, y salgo al paso de este error, señalado más arriba, ya que dicho informe se encuentra hoy en el Registro y Archivo Histórico y puede parecer documento futuro irrefutable.

La torre del Tardón forma cuerpo con la Lonja de Santo Domingo, y está dividida en siete cuerpos, que, como la de la Trinidad, van diferenciados por elementos de cornisas, o impostas, o entablamentos completos.

La coronación de la torre con una crestería que juega parejas con la anterior y de un dibujo muy similar, se guarda sus esquinas con cuatro guerreros que, a modo de pináculos, se recortan en el cielo. Gárgolas y áticos juegan con la cornisa el sueño inmóvil de las estatuas, prendidas un momento en el recuerdo gótico, y vencidas con el fervor que el artista siente, en el afán renacentista que domina su imaginación. Yo no sé si la influencia del Emperador Carlos tiene, con su política, una irresistible fuerza sobre los hombres de su tiempo. Aseguraría rotundamente que sí: Vecellio di Gregorio Ticiano fué sin duda quien plasmó más fielmente el espíritu que animara al nieto de Maximiliano; vestida la armadura, la lanza en la diestra y al fondo el paisaje arbolado de Mühlberg, serpenteando en él las aguas del río Elba, nos hablan, tan bien como los viejos folios del Archivo de Simancas, de las inquietudes políticas de este hombre, que trasladara sus despachos a la silla de su caballo. Carlos V fué siempre así, desde los tiempos en que lo retratara Van Orley en Gante: la mirada que el pintor flamenco nos legó tiene ya en aquel lienzo el apuntar de un afán, de llegar siempre a un horizonte, tras del cual ha de dibujarse otro fatalmente. Ese horizonte, que un día lo dibujará Sevilla bajo un cielo cálido que cobijara sus horas nupciales con Isabel; ese horizonte, que serpenteará Granada: Pedro de Machuca y Diego de Siloé; ese horizonte, que ayer le traía la palabra Argel y que otras le enfrentan los escudos de Toledo: Covarrubias; y otros, sus políticos en Italia, de jornada en las campiñas romanas o en los polvorientos y agujados caminos de la Sierra Morena: don Francisco de los Cobos. Hasta la fría cara de don Juan de Tavera en el mármol toledano, parece tránsito de este afán de inmenso horizonte, de mirada vuelta hacia una Europa que ve desfilar los mejores hombres de una cantera inagotable. Son esas las Águilas del Imperio que extienden sus alas en las alturas más inconcebibles, llenas del paisaje de todos los recuerdos.

Así veo yo a estos hombres, quizá en un momento obscuro desde la villanía de su rincón, pero alentados, sin duda alguna, en el espíritu enardecido de la época, conservando aún en el pecho la llama gótica y montando en el caballo de sus propias ilusiones a conquistar todos los campos y todos los caminos, para sacar de la entraña de sus propias almas los mejores brotes de una época gloriosa para la Arquitectura española. Así veo yo a Andrés

de Vandaelvira, peregrino de su arte, atravesando los pedregosos caminos de la Sierra de Alcaraz, allanándose hacia Uclés y Villarrobledo, alcanzando Baeza, y Úbeda después, y derramando su arte hacia la Andalucía Alta, hacia Jaén y Villacarrillo, pocos libros y mucho aprendido en el recuerdo de las jornadas.

La torre del Tardón está puesta en este afán, y sus detalles revelan inconfundible el sello del ilustre alcaraceño. Recuerdo de unas fotografías de unas columnillas de madera, cuya publicación aparece en un artículo publicado en el *Arte Español*, 1916-1917, página 529, bajo el título de *Andrés de Vandaelvira*, por el Conde de las Almenas, Instituto Diego Velázquez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya similitud es tan acusada, que si no estuviera probado ser esta torre de este artista, tendríamos un indicio muy seguro para afirmarlo, comparadas con la del cuerpo superior.

La cara de la torre que da a la plaza lleva en la parte más alta un ventanal cuyo dintel lo forman dos robustos angelotes, que arrodillados sostienen sobre el vano una a modo de guirnalda. Abajo, en el antepecho, y apoyada sobre la cornisa, una abultada escultura de medio cuerpo presenta busto sobre un círculo que lo envuelve, y atravesado el pecho con una cartela, se graban en ella las iniciales del Jesús Hominum Salvador.

A un lado y otro de esta casa aparecen arcos de medio punto, cuyas claves arrancan su esteorotomía de la línea inferior del fajeado arquitrabe, y que dejaron a un lado y otro estas columnas a que hice referencia antes, abultadas en medio de sus fustes, con ánforas, y sostenidas ambas por dos ménsulas con ornato característico.

Repítense las gárgolas y las figuras de los antepechos en el eje principal de la torre.

Debajo de este cuerpo, separado por una imposta, se encuadra el reloj, cuyas horas publica el Tardón con una moldura cuadrada, presentándose, en la parte inferior de este segundo elemento de torre, el arranque de la cornisa de un entablamento, que sirve de coronamiento al elemento decorativo que rellena el frontal de este tercer cuerpo, corriendo con cornisa, friso y arquitrabe todo el perímetro de la torre. Este elemento está constituido por una hornacina, donde asiéntase en sitial San Ignacio, con la mano diestra dando comienzo a una bendición. Débese esto a que el santo Obispo es patrón de la ciudad, introducido en ella por el Arzobispo de don Alfonso VIII, don Rodrigo Ximénez de Rada, cuando aquel monarca, «que su católico celo tenía descanso en las fatigas» (página 35, libro 1, Pérez de Pareja, obra citada), «la conquistó en el año de mil doscientos y trece». Custodian la hornacina dos estípites, los brazos cruzados sobre los pechos, que dicen representar a Santa Águeda y Santa Bárbara, y cuya semejanza con las esculturas de la fuente de Santa María en Baeza es verdaderamente sorprendente, sobre todo a las del segundo cuerpo de aquella, que sostienen en función de tales el frontón que remata la composición.

Los entablamentos se suceden uno del otro en la ordenación de la torre. Debajo aparece otro cobijando un medallón presentado en la cara principal, con una figura de mujer, sólo la mitad de su cuerpo, sosteniendo en las

manos una cartela con la máxima del Eclesiastés : «Cunctagne subsole sunt vanitas».

Llegamos con esto a la línea de alero de la Lonja de Santo Domingo, continuada por una repisa que por debajo del medallón corre y que está dentro de una composición en la que campean en un escudo de armas los dos castillos de Alcaraz sostenidos por unos guerreros, hechura y aire de las esculturas de las santas.

Queda la parte basamental de la torre, que es, desde luego, muchos años más antigua que el resto del monumento, como lo demuestra el pilar gótico adosado hecho haz de columnas, que presenta el muro, así como la negrura de los sillares de su fábrica.

Todo esto — desarrollado demasiado minuciosamente — puede cautivar a quien lo contempla. Pero Alcaraz será un escalón más que añadir a la gloriosa carrera artística de Andrés de Vandaelvira, la cronología de unas fechas que marcasen en su biografía un período de vida, unos años, un número de viajes, si no fuera por la originalidad destacadísima de la planta irregular y pentagonal de estas torres. Pienso ha tiempo, ya en la primera vez que las vi, ennegrecidos los muros recortándose sobre un cielo transparente y su extraña silueta, unida al acierto con que la composición las eleva, me hicieron sentir un escalofrío, mitad asombro, mitad mudez sobrecogida, indescifrable encanto de una sensación que luego se aquieta con la imagen que nos producen en el alma las piedras antiguas.

*

Cópiense en estas páginas algunos acuerdos municipales referentes a los temas tratados con anterioridad.

(21 de noviembre de 1566 (Libro de acuerdos de 1564 a 1568) :

«Sus Mercedes el señor Corregidor y los señores Regidores, platicando sobre la obra de la Torre que está rematada por Bartolomé Flores, convinieron subirle otros quince pies con el mismo orden que lleva, y como no se sabe la ciudad lo que valdrá, acordaron que se juntase el dicho Bartolomé de Flores con Bartolomé Saquero y Gregorio Alonso, maestros de cantería de esta ciudad y acordaron el precio.»

«21 de agosto de 1568» En 21 de agosto de 1568, Bartolomé de Flores presentó al Ayuntamiento una petición consistente en «que tenía acabada la torre que la ciudad le mandó hacer en la plaza de abajo, y que cierta parte de ella la ha hecho a tasación de Bartolomé Saquero y Gregorio Alonso, canteros, vecinos de esta ciudad, y pide se mande tasar y pagarle lo que se le debiera. Y sus mercedes acordaron que los dichos Bartolomé Saquero y Gregorio Alonso vean y tase la dicha obra, y porque la dicha obra es de mucha cantidad y los oficiales de esta ciudad como vecinos podían apasionarse por alguna de las partes, acordaron, de conformidad con dicho Bartolomé de Flores, venga Vandaelvira, maestro de cantería el más preeminente que agora hay. El cual venga por tercero y que lo que él y uno de los dos maestros declare la dicha ciudad y Bartolomé de Flores pasarán y estarán por ello y que el coste y salario que el dicho Vandaelvira trujere

pagará la ciudad la mitad y el dicho Bartolomé de Flores la otra mitad». (Libro de acuerdos citado.)

En sesión del 26 de octubre, entre otras disposiciones hay una que literalmente dice :

«Este día, Su S.^a acordó que la torre del relox de la Plaza de Abajo se acabe conforme a las condiciones con que se remató en Bartolomé de Flores, y que demás de la dicha obra de cantería, se haga un chapitel de hoja de lata y se hagan condiciones y se pregone y así mismo se haga una campana de veinte o treinta quintales y para ello se busque el mejor oficial que pudiera hallar en la comarca y sometiéranlo a los señores Francisco Guerrero de Luna y al señor Cristóbal de Belvás, y que luego entienda en ello para que haya y según la necesidad que dello ay.» (Libro de acuerdos de 1572 a 1578.)

En otra sesión de 24 de noviembre de 1573 consta que : «porque corre peligro la campana que está fecha para el relox de la plaza de abajo en no quitalle de allí de donde está se acordó que el señor Cristóbal de Belvás la haga subir, y para esto cobre dineros de algunas personas que los deben a esta ciudad.» (Dicho libro de acuerdos.)

En 16 de enero de 1574 se dispuso «que se hagan las herramientas que fueran necesarias para que se acabe perfectamente el relox de la plaza de abajo, para que se pueda servir del, sin que cada día haya nuevos gastos, se acordó que la obra de cantería y infantones que están por hacer se hagan y prosigan y por ser obra poca y porque no se puede desde luego atrasar ny poner pregones se acordó el señor Francisco Guerrero de Luna lo haga hacer a vista y tasación de oficiales hasta que de todo punto en dicho relox quede de todo punto acabado y en perfección y porque para que dicha campana y la del relox de la Plaza de Arriba no reciban daño como se ve que lo reciben de causa de los descubiertos, se acordó que se hagan condiciones para que se haga en cada una de las dichas torres un chapitel de madera sobre éstas y se pregone para que se remate en la persona que por más bajo precio los pusiere, y el remate sea el último día de Pascua de Mayo, y cometiése de hacer las condiciones y cuidado de este remate al señor Cristóbal de belvás». (El mismo libro.)

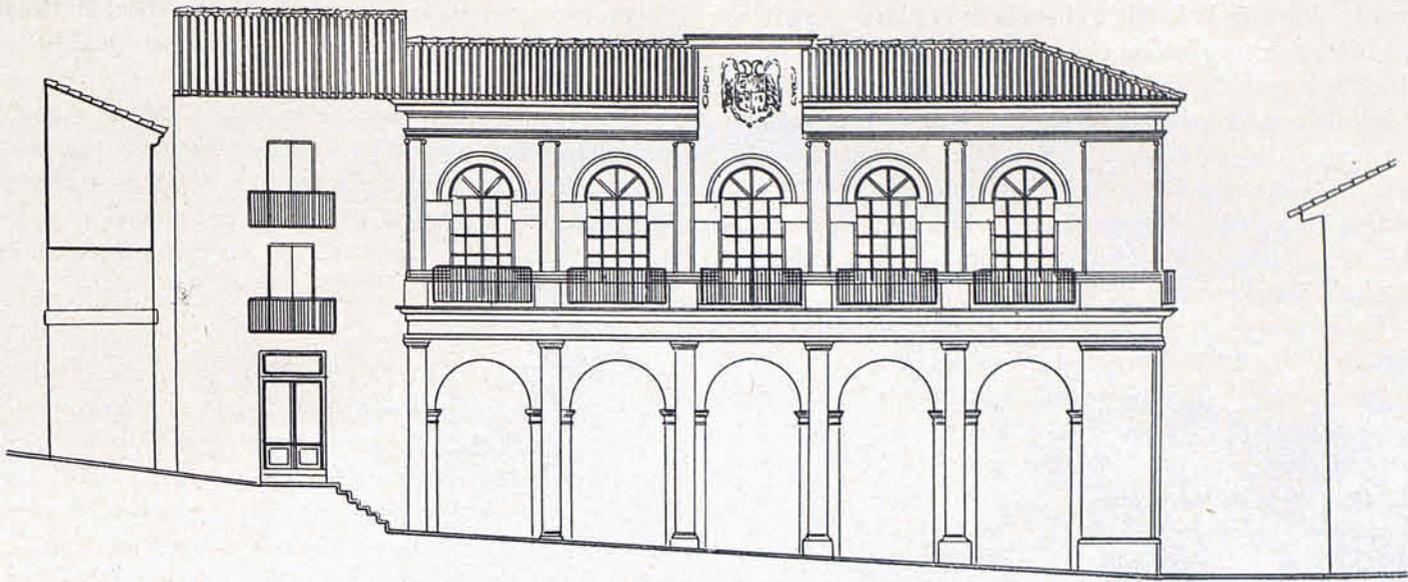
Y por último, en sesión del 19 de junio de 1574, se dispuso «que se ponga el cornisamento y infantones por el orden que tienen de Andrés de Vandaelvira y es a cargo de Bartolomé de Pedrosa, cordobés, por este orden se haga la labor y concluya luego y los dichos comisarios hagan dar el cedimiento necesario para ello y se tenga cuenta y razón y que se libre todo junto y cuanto a la obra de hierro que ha hecho núñez de barba, oficial la tase Juan de alarcón con juramento ante escribano por orden del señor cristóbal de belvás.» (El libro de acuerdos.)

(*Las Torres de la Ciudad de Alcaraz*, por Jesús Carrascosa González. Imprenta de Enrique Ruiz. Albacete, 1929.

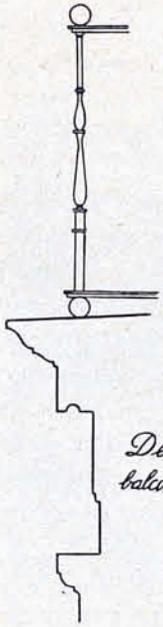
(*Libro de acuerdos municipales de 1564 a 1574 de la muy noble y muy leal ciudad de Alcaraz.*)

*

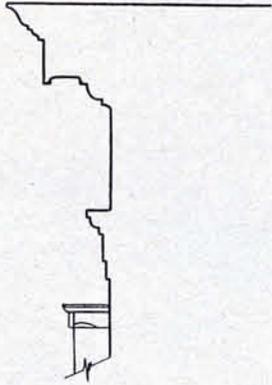
La Lonja de la Regatería extiende sus doce arcos en el frente de la plaza. Unos peldaños le dan acceso para



Corte a lo ancho, según la línea E F

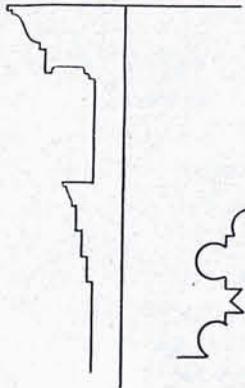


Detalle del
balcon del Ayuntamiento.



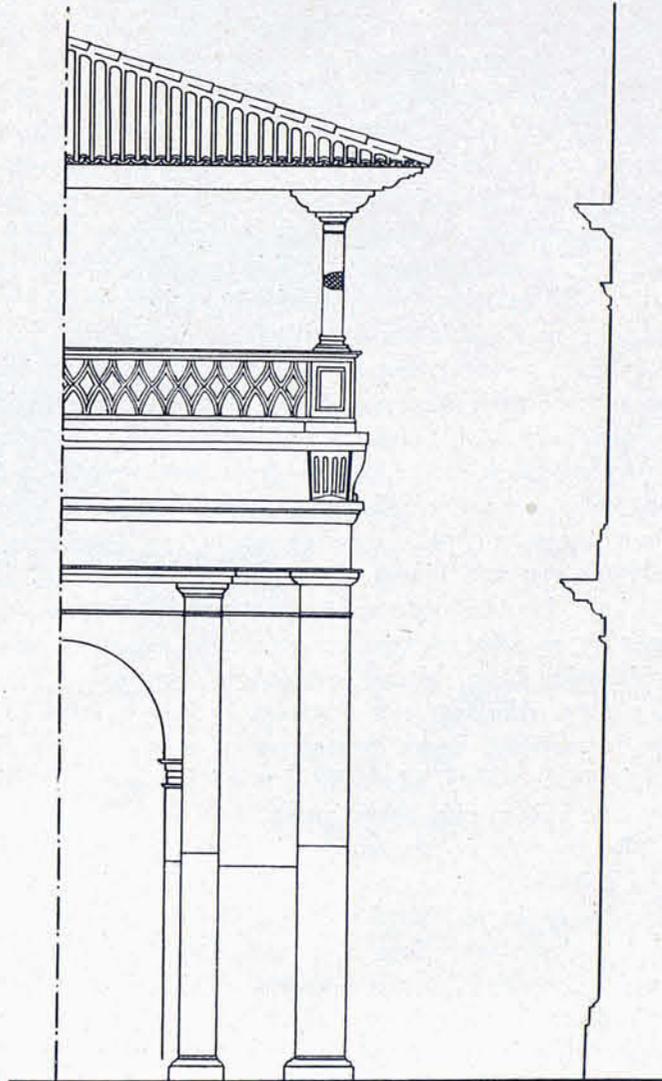
Detalle de la cornisa
del Ayuntamiento.

Detalles de cornisas
de la Torre



Detalle gótico
del Cardon.

Detalles bases pilas
Ayuntamiento.



Detalle de la esquina de la
Lonja de Santo Domingo.

Sección Lonja
de la Regatera.

salvar la altura de la Lonja y el suelo de la plaza. Limítase a un lado, por un rincón, en el que se abre el arco de la calle de la Zapatería, cuyo dibujo se muestra, pina costana escalonada que va salvando el acceso al casco más antiguo de la ciudad; y por el otro, con la calle de Don Gonzalo, abierta en el ángulo que forman las dos Lonjas. Arcos y pilastras juegan la armonía de toda la plaza — dorados todos sus sillares —, desgranando la luz y la sombra sucedidas bajo los paredones agrietados.

Es estupendo ver la mano del hombre puesta en este ámbito poblado de resonancias, con un impulso renaciente, afanándose en el seguimiento de la estilización. Sobrecoje pensar en lo pequeño del intento humano — aunque por pequeña y similar a nuestra perfección nos vibre el alma ante el tránsito del arte —, si volvemos la meditación a cuanto alcanza la infinitud del Poder Divino.

Especies raras del reino animal existen incapaces de vivir más que en dos dimensiones. Muévase el Hombre en una actitud tridimensional, y encerrado en ella, vuelve a veces sobre los mismos caminos que ya recorrieron otros. Dios es la Infinitas Dimensiones de todos los conjuntos movidos por su propia voluntad.

¡Cuántas veces hemos percibido esta sensación ante la crítica de nuestros juicios! Música y Arquitectura corren parejas en su composición. Ejemplos hay de ello y en los textos de Teoría del Arte se enlazan compases y ejes de simetría. Beethoven, Brahms, Wagner, Listz, repiten exactos muchos compases de sus creaciones. Y después hoy las encontramos en las de los compositores modernos. El trío para piano, violín y violoncelo (Op. 97) conocido por el «Trío del Archiduque», por ejemplo, tiene las mismas notas en una de las variaciones del Andante que una composición conocidísima de uno de los músicos de nuestra época. Y nadie podrá decir que es plagio cuando una y otras se extienden diferentes en el desarrollo del tema. Uno es un paisaje auxiliar, enlace de una expresión a otra, y en el otro se asienta como tema fundamental ejecutado con más viveza de expresión.

Aquí, frente a esta arquitectura, podéis ver con cuánta precisión se ajustan nuestras modernas estilizaciones de molduración de entablamentos con estos que se detallan en los planos. He aquí esta sorpresa en la expresión idéntica de canterías hechas cuatrocientos años antes que las que hoy se extienden en muchas edificaciones actuales y que no habían sido entrevistas.

La sucesión de dos galerías de arcos, con sus pilastras y la imposta divisoria que separa a ambos sistemas, se encuadra en los dos machones laterales de mayor dimensión que los otros, robustez muy acertada que diferencia bien las esquinas del edificio. Las modificaciones de tapiado de modernas reformas afean este conjunto.

El edificio se levanta en 1592, lo rezan así las dos cartelas, un tanto abarrocadas, que van a los lados del conjunto, juntamente en la parte superior de los machones que forman las esquinas y por bajo de la imposta, leyéndose en uno «Regnante Magno Hispaniarum Rege Anno Domini MDXCII et sui Regni XXXVII». Y en otro, «Siendo su Corregidor P. Suárez del Castillo la Ciudad de Alcaraz mandó hacer esta obra». Había, además de Bartolomé

Flores, otros maestros de cantería alcaraceños, Bartolomé Saquero y Gregorio Alonso, que pueden ser posibles realizadores.

No me inclino a juzgar esta obra vandaelviriana, es demasiado sobria para ello, aunque no sea de esta misma opinión Carrascosa, al decir que son fábricas atribuibles a proyectos de discípulos suyos. La achaca él a un Juan de Villanueva, de Alcaraz, de esa época, aunque no está comprobada esa afirmación.

*

Una de las esquinas queda dicho la forma la calle de la Zapatería a continuación de la Lonja que acabo de describir, y sobre aquélla, cierra la perspectiva un arco, cuya forma puede apreciarse en el dibujo y alzado correspondiente. Todo él, de piedra, no ofrece más detalle curioso que la forma partida de su cornisa de coronamiento, que en una de las esquinas, en vez de ir a morir a ella — en la de la izquierda — ofrece, a modo de cuarto de círculo, un quiebro que muere decreciente en el muro de la Lonja.

*

No sería justo dejar en olvido la casa que hoy presentamos en la perspectiva del arco de la Zapatería sin nombrar la casa que fué de la Carnicería, cuyos datos e historia los transcribo aquí del minucioso informe de don Jesús Carrascosa, el cual dice:

«Existió hasta el año 1895 la casa de la Carnicería, obra construída a finales del XVI, al mismo tiempo que el arco. Fué un edificio de gran profundidad, construído todo él de sillería, con bóvedas y arcos interiores para mayor solidez. Constaba de una portada magnífica, aunque sencilla, formada por un arco de medio punto, de unos cinco metros de altura y dos de ancho, con sencillas impostas, una claraboya circular de gran diámetro, en forma de ojo de buey, sobre el arco de entrada, un escudo municipal sobre la claraboya, y rematándolo todo una cornisa de dos salientes.

Por último, sobre esta edificación y acaso dos siglos después que ella, se levantó otra de yeso, en cuyo centro existió una celosía de madera, por donde las monjas del convento situado al otro lado de la calle de las Comedias pudieran tener acceso y vistas a la plaza, privilegio que le fué concedido por un Pontífice del siglo XVI.» (Saca él este dato de la obra de Pérez Pareja.)

Todos los alcaraceños de más de setenta años hemos conocido esta casa de la Carnicería y este mirador. Todos lo conocerían si el Ayuntamiento, a cuyo patrimonio pertenecía, lo hubiera adquirido por compra al Estado como bienes desamortizables en la subasta celebrada en 14 de mayo de 1894, o por cesión, al menos, de don Francisco Sánchez Collado, rematante en dicha subasta, el cual señor lo cedió después a don Emilio Navarro por el precio de 750 ptas., según consta del oportuno asiento en el Registro de la Propiedad. El cesionario luego derribó la portada, arco y bóveda, y construyó una casa de estilo moderno, *verdaderamente repugnante*, uniéndola a otras ocho viviendas contiguas que poseía en las calles de la Zapatería y de las Comedias.

*

En el libro *Escritores de la provincia de Guadalajara*, don Juan Catalina nos habla del segundo Duque de Feria, título vinculado hoy a la Casa de Medinaceli. Don José Marco Hidalgo toma de la obra citada la referencia, y nos lo escribe también en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, de 1909. El Duque vive una vida activa, política y diplomática, ha casado con doña Isabel de Mendoza, hija del Duque del Infantado, bajo una aureola guerrera como capitán arrojado y como político y gobernante en estos nunca acabados territorios de España, y ahora, en el año 1583, lo encontramos en Alcaraz de Corregidor, presidiendo una de las sesiones en donde se trata de que «la Lonja del Ahorí, donde está la gente la mayor parte del año, está para caerse y se hubiera caído si no estuviera apuntalada con una docena de mollejones». (Sesión del jueves, 1.º de diciembre de 1583.)

El Corregidor se llama don Lorenzo Suárez de Mendoza. Han de pasar cinco años para encontrarnos con la fachada que casi en su primordial aspecto podemos hoy contemplar. Sobre el dintel del amplio soportal en el que se ven las huellas de unas bien proporcionadas bóvedas por arista, suprimidas en una reforma posterior, cuya referencia doy en su lugar, léese la fecha en que se construyó — 1588 —, y el nombre de aquel Corregidor que había luchado contumaz por conseguir el hermosteamiento de aquella plaza, llamada entonces de la Santísima Trinidad. (Libros de acuerdos municipales nos refieren, a partir del año 1581, las luchas con que estos hombres se enfrentan, y nómbranse entre otros a don Juan Ruiz de Córdoba y a Guerrero de Avilés, para que sean los Comisarios en las diligencias de ejecución.) Logróse el empeño del de Feria después de largas dilaciones, de los informes del Consejo de Castilla, de los que provenían del Municipio y de otros inacabables trámites que dieron fin con la licencia de su Católica Majestad el Rey don Felipe II, consintiendo que del dinero de tercias y cábalas del tesoro real se elevase de nueva traza este edificio. Nadie puede negar la diferencia de épocas a mejor decir de estilos, pues median pocos años entre las últimas trazas del Tardón y éstas; pero el espíritu y la influencia serena y herreriana se respira en todas estas edificaciones. A pesar de que cornisas, impostas y entablamentos siguen fielmente las molduras anteriores, todo revela una bien distinta concepción. Los maestros o el maestro o este Juan de Villanueva, que indicaba Carrascosa, tienen por fuerza el conocimiento de otros caminos distintos a los de Andrés de Vandelvira, aunque éste, en los últimos años de su vida, girara hacia conjuntos más simplistas.

Es curioso observar el original capitel jónico que, apilastrado, remata el elemento que como continuación del machón inferior sostiene el estilizado entablamento, y puede compararse éste con otros de la misma época para que pueda apreciarse su gracia singular. (A. CALZADA, *Historia de la Arquitectura Española*.)

Analizando cuanto se nos ofrece, queda descartado Vandelvira como autor del proyecto, por ser éste posterior en mucho a su muerte (1575), ni siquiera atribuible a un hipotético proyecto de un discípulo. El actual Ayuntamiento ofrece con la Lonja de la Regatería el mismo orden

de composición, aunque los arcos superiores de este edificio son un tanto más esbeltos que aquellos otros. También estoy seguro de que se encontrarán en la Lonja de la Regatería, en estos arcos en cuyo paramento ciego ábrense los balcones actuales, los restos de la ordenación o elemento que en el interior de este arco falta. Cabe suponer esto o la de una carpintería que rematase esta tirada superior, pero nunca su actual estado.

Hay una reforma del Ayuntamiento de Alcaraz hecha por el Arquitecto de la Diputación en el año 1884. Esta reforma y consolidación, me dijo don Jesús Carrascosa González que la vió hacer, explicándose puntualmente la primitiva composición de tiempos de Suárez de Mendoza, en la cual encontrábamos un cuerpo más del que hay. Fueron motivadas aquéllas por las grietas que empezaron a presentarse en el edificio, y sobre todo en la esquina que forma la Lonja sobre la plaza Mayor. Desmontóse la fachada, el arco y el machón de esquina hasta la portada del Ahorí, rectificóse la línea que formaba con arreglo a la Lonja de la Regatería, así como la composición general que se encuadraba en otra proporción rectangular; desapareció el balcón corrido, singular muestra característica de nuestra tradición municipal aunadora de esa muestra formal e integral de los arcos representativos de la España de la Edad Moderna que unía a los profundos soportales el clásico antepecho de las procesiones, las fiestas y los toros, anudando las fachadas municipales de los siglos XVI y XVII, que han venido repitiéndose posteriormente hasta nuestros días; demoliéronse las bóvedas en esta época, cuyas huellas señalamos más arriba; quitóse el frontal donde figuraba la inscripción de referencia y siguió el mismo camino la azotea que, similar a la Lonja de Santo Domingo, jugaba una simetría estupenda con arreglo al eje principal de la Regatería que a un lado y a otro había de distribuir este juego de masas y proporciones, roto un tanto por el actual escudo que en el centro del edificio se ve hoy. No hay referencias atribuibles a quién fué el que ejecutase la obra ni el proyecto; es posible que pueda encontrarse algún dato en el Archivo Medinaceli, y yo ánimo a aquellos que sienten la viva curiosidad de la investigación histórica, ayuda, colaboración y continuidad a este trabajo monográfico, que no hace sino seguir las huellas de otros que caminaron ya las mismas rutas de Andrés de Vandelvira en su peregrina vida de conquista de la piedra.

*

Vino en el XV la hegemonía del realismo ojival, y de su propia raíz brotan injertos de fantasías moriscas; Europa vive la piedra puesta en los artífices flamencos y borgoñones, y España, atravesada de esta corriente, mezcla y se satura con ella y con lo mudéjar y lo renacentista; Gil de Siloé y Pedro Juan de Vallfogona de Cataluña, éste de corriente más sobria y orientación italianizante.

Vehementos moriscos y extranjeros dados a la altisonancia decorativa crean las modalidades del último aliento gótico, que ha de pasar a lo isabel y lo manuelino en Portugal, complicado en la filigrana armilar de las esferas pregoneras de los rumbos marinos; y después, ese estilo de Ximénez de Cisneros, y ese plateresco que rinde culto

más a los ornamentos clasificados en escuelas que a los auténticos trazos de una formal arquitectura.

La heráldica con su ascendencia gótica del XIII, repítese hasta el XV y trueca el estilo en legajo de hidalgos, manteniendo esta tradición nobiliaria trasplantada al Renacimiento, hecha en piedra sobre muros, campeando en puertas y ventanas y enlazándose en frontis y áticos sobre palacios y edificios civiles.

Todo Alcaraz se ofrece cimero de escudos sobre sus portales orlados de guerreros, sujetos a los sillares en actitud expectativa, como apercebidos contra un enemigo imaginario que ellos quisieran ver repentinamente convertido en realidad. Parecen las réplicas de aquellos que presiden la plaza desde el Tardón, en una original manera que no pasa a caríatide ni adopta la estípide. Están plantados así, de un modo directo, avizorantes, preparados para la defensa de esos leones, águilas y grifos, recortados sobre el gules o el sinople y sirviendo de liminar a lo que ha de llegar más tarde con la vista de la plaza, cerca de las sombras de la iglesia de San Miguel, donde, como dije, se cuenta fué bautizado Andrés de Vandaelvira.

La portada del Ahorí, contigua en la calle Mayor al edificio municipal, muestra su dorada labra plateresca encuadrando su arco de medio punto por dos adornadas columnas con su orden completo; y los pedestales, jugando la sucesión del apilastrado, forman la base de dos hornacinas que continúan con el mismo detallado ornato en plano inclinado y derraman hacia el arco las mil sombras de las labras que se alargan sobre el portón. Es sorprendente la situación de esta portada respecto a la luz solar y el efecto que ésta ejerce sobre sus platerescas piedras. Quizá sea casual aquello que allí se nos muestra; pero bien creo, siguiendo la opinión del urbanista Camilo Sitte, que sea estudiada la que allí parece puesta al azar. En el friso, dos angelotes sostienen el escudo de la ciudad, y en las esquinas, completando el rincón que el arco forma con el adintelado del arquitrabe, dibujan el poema homérico dos medallones que representan a París y a Helena. Nada falta a este portón con el escudo imperial que sobre el eje principal de la puerta se coloca, ornamentada su cantería con el Toisón y el Plus Ultra.

*

Únese a la plaza separada por unos escalones de piedras, desgastados por el comedio, una pequeña y recoleta plazuela llamada del Cementerio, donde dan fachada los muros laterales del baptisterio de San Sebastián y los de la iglesia de la Santísima Trinidad, incluyendo en ella la portada que en un principio describimos. Bordeada la

plaza por pretil, se ahonda tras él la calle de las Torres y otros dos callejones que afluyen de la parte más baja del lugar y que comunican con aquellos otros rincones que en la pendiente general de Alcaraz quedan en planos inferiores. Corpulentos árboles separan la unión de las dos plazas y continúan repartidos en el recinto de todo el pretil. Quedó en su lugar la descripción somera de la iglesia, aunque no se incluya en los planos la parte correspondiente a su interior, por considerar esta obra fuera de lo que es el conjunto externo de la plaza, y sólo nos resta añadir la de la portada renacentista que, junto con la gótica, dan acceso una a la iglesia ya nombrada y otra al baptisterio. Éste es un añadido al primitivo templo, tanto portada como edificio. Ampliación hecha posteriormente a la primitiva torre de la Santísima Trinidad, ya que se aprecia en la unión de cubiertas de ambas edificaciones imprevistos surgidos en su realización, como, por ejemplo, el ajimez ciego que, dando frente a la plaza del Cementerio en la cara sur de la torre, se oculta con el faldón que intesta en ella. La portada del baptisterio, graciosamente trazada, ordena un entablamento que cobija un arco de medio punto, limitada en las jambas por columnas corintias de estriado fuste, elevadas sobre pedestales, adornadas aquéllas, hasta el principio del arco, con dos pilastras de basamental arranque. Esta portada está fechada en 1592 y recuerda en algunas cosas la fachada principal de la iglesia del Salvador y algunos motivos ornamentales de la capilla del Deán Ortega de Úbeda, pues su composición y detalle parecen recordar la fachada de aquel tiempo; así como la puerta del Ahorí es un trasunto de las muchas portadas de la misma época existentes en la provincia de Tarragona. Sin embargo, es construcción posterior a las edificaciones de Jaén antes citadas. Las figuras que sobre el arco central descansan en las dovelas son muy parecidas a éstas; aquí, quizá, un poco más violentas, pero desde luego con un sello particularísimo italianizante. Ajústanse éstas del baptisterio ya muy desgastadas y comida su labra, a una guarnecida hornacina que recuadra frontón curvo sostenido por entablamento y columnas descansadas en áticos sobre el primer plomo del orden inferior, que, académicamente modulado, vuela su cornisa corintia en estas sombras huídas de la plaza. Queda en el centro aconchado nicho, en cuyo eje está la estatua de San Sebastián, amarrado a tocón del martillo.

Puede leerse la fecha antes dada en una inscripción latina sobre el rosetón que da al paramento de la plaza, rezándolo en un cartela, la cual se eleva sobre el escudo de la ciudad, puesto allí por don Pedro Suárez del Castillo.

Barcelona, 30 de noviembre de 1945.

BIBLIOGRAFÍA

Historia de la Fundación de Alcaraz y Milagroso Aparecimiento de Nuestra Señora de Cortes, por el reverendo P. Fray ESTEBAN PÉREZ DE PAREJA. 1740. — B. N. Sig. 3/63807.

Noticias sobre la plaza de Alcaraz y sus Monumentos Históricos. Informe de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional, escrito por el cronista de aquella ciudad don JESÚS CARRASCOSA GONZÁLEZ. Año 1945.

Las Torres de la Ciudad de Alcaraz, por don JESÚS CARRASCOSA GONZÁLEZ. Publicación de la Comisión de Monumentos de la Provincia de Albacete. Imprenta de Enrique Ruiz, 1929.

El segundo duque de Feria, don Lorenzo Suárez de Mendoza, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1910. — B. N. F - 1/18.

Escritores de la provincia de Guadalajara, por don JUAN CATALINA. — B. N. Sig. 1/100651.

Retrato de Jaén, publicado por su deán el señor don JOSEF MARTÍNEZ DE MAZAS. Catedral de Jaén. — B. N. Sig. 2/61685. ej. único.

Historia de España, por MODESTO LAFUENTE, tomo 9, pág. 4 y ss.

Libro de acuerdos de las Casas Consistoriales de la muy noble y muy leal Ciudad de Alcaraz. (1581 y ss.)

Libro de acuerdos de las Casas Consistoriales de la muy noble y muy leal Ciudad de Alcaraz de 1682, folio 73 v.

El Barroco en España, por OTTO SCHUBERT.

Jaén, por don LOPE DE SOSA, Instituto Diego Velázquez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1-1915, pág. 371.

Arte Español. Años 1916-1917, página 529. «*Andrés de Vandelvira*», por el CONDE DE LAS ALMENAS. Instituto Diego Velázquez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Diccionario Histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España, por CEÁN BERMÚDEZ-JUAN APARICIO. — Publicado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Imprenta Vda. de Ibarra, 1800. — B. N., 32 (1-6).

Historia de la Arquitectura Española, por A. CALZADA.

Excursión a Uclés, por MIGUEL DURÁN, Arquitecto, en *Boletín de la Sociedad de Excursiones*, año XXXVI. Madrid, junio de 1928, págs. 156 y 157.

Las Águilas del Renacimiento, por MANUEL GÓMEZ MORENO.

Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, por JUAN MOYA e IDÍGORAS.

Casa de Corregidores y Cárcel de Baeza, por VICENTE LAMPÉREZ, en *Boletín de la Academia de la Historia*, 1917.

Estudios para la Historia de la Ciudad de Alcaraz, por J. MARCO HIDALGO, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1909, pág. 226.

La Arquitectura Plateresca, por J. CAMÓN AZNAR.

El Hospital e Iglesia de Santiago en Ubeda, por J. R. MÉLIDA, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, julio 1916.